

RECENSIONES

JUAN MONTABES PEREIRA: *La prensa del Estado durante la transición política española*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI Editores, Madrid, 1989; 359 páginas.

Muchas son ya las interpretaciones generales que sobre la transición política española han visto la luz editorial en los últimos años, pero en comparación, y paradójicamente, son escasas las investigaciones que sobre aspectos concretos de esa misma transición se han hecho hasta ahora. Como suele ocurrir a menudo en nuestro país, construimos el tejado antes de levantar los cimientos de la casa. Es cierto que cada día que transcurre conocemos más detalles de nuestro paso de la dictadura a la democracia gracias a la publicación de memorias personales de los participantes o de trabajos universitarios sobre tal o cual tema de nuestra historia reciente, pero, sin embargo, todavía siguen quedando especificidades políticas, sociológicas y psicológicas por descubrir. Y tendríamos que reconocer que, sin su análisis, las visiones generales de la transición adolecen de la suficiente riqueza y verificabilidad. Pues bien: el trabajo del profesor Montabes Pereira, al estudiar detenidamente la Prensa del Movimiento y sus sucesivas transformaciones en Prensa estatal y Prensa privada, nos ilumina un poco más nuestra memoria cercana, al mostrarnos el importante papel desempeñado por este medio de comunicación en el proceso de cambio político que hemos vivido hace poco en nuestro país. Pero el libro no sólo tiene el acierto de remover un tema inédito, sino que también, como dice el profesor Cazorla en el prólogo, es una «aguda o inteligente exposición» de la transformación que la Prensa del Movimiento sufrió dentro del contexto general de la transición política española.

La primera parte de este libro es un análisis pormenorizado de la legislación en materia de prensa y de los motivos políticos que la determinaron, que abarca desde la instauración del régimen franquista hasta la privatización final de los llamados Medios de Comunicación Social del Estado (Prensa) en 1984. El autor dedica una parte de su atención a examinar los antecedentes político-jurídicos que condicionan el núcleo de la investigación: la Prensa del Estado en la transición hacia la democracia. Comienza por señalar que el derroca-

miento de la Segunda República supone la imposibilidad legal y real de expresar libremente ideas a través de cualquier medio de comunicación social. El retroceso a una situación antiliberal obedece a las necesidades del nuevo régimen: control del orden público y educación/propaganda nacionalista del pueblo.

Sentadas estas premisas, Juan Montabes recorre los vericuetos legales y los conflictos políticos entre las familias del Régimen, que culminan en el control absoluto de la Prensa nacional (la mayor parte de ella creada a partir de la incautación de locales y maquinaria a los vencidos) por el Partido y el Estado. El proceso de institucionalización queda completado hacia 1950, coincidiendo con los años de más incidencia y difusión de los periódicos de la Cadena de Prensa del Movimiento (fundamentalmente *Arriba*, pero también la Prensa local y regional) y de los sindicatos (*Pueblo*). Sin embargo, desde mediados de los años sesenta, la Prensa oficial comienza a perder sus lectores y a cerrar sus balances con importantes déficit, lo que no puede ser impedido en sucesivos intentos de reestructuración técnica y orgánica. A partir de 1970-1971, el declive económico y político de la Cadena será permanente hasta su privatización final.

En el primer año de la transformación política española, nuestros dirigentes no sólo dudaban sobre la manera de realizar el cambio de modelo político, sino que también debatían sobre el destino que esperaba a los medios de comunicación dependientes de la Secretaría General del Movimiento y de la Delegación Nacional de Sindicatos. El dilema quedó resuelto cuando el Estado absorbió la Prensa, la Radio y la Televisión oficiales en el organismo autónomo Medios de Comunicación Social del Estado. Esto fue posible gracias a los efectos que la Ley de Reforma Política provocó sobre todo el sistema político anterior. Uno de esos efectos fue la desaparición de la organización del Movimiento Nacional (Real Decreto-Ley 23/1977, de 1 de abril), tras pasándose sus propiedades al Estado.

Desde este momento se inicia, según el autor del libro, un período de constitucionalización de la Prensa del Estado. Se trataba de adecuar la posesión de medios de comunicación por parte del Estado a los nuevos principios de «libertad e igualdad de expresión» constitucionalizados en el artículo 23, lo que no era fácil de conseguir, dada la diversidad de opiniones entre los grupos parlamentarios. El profesor Montabes explica detenidamente toda la complejidad de esta cuestión en el plano jurídico y político: las dificultades para lograr el consenso, los trabajos de la subcomisión, los debates parlamentarios, la liquidación legal del organismo autónomo Medios de Comunicación Social del Estado y la privatización final, con las resistencias a la misma de grupos interesados. El resultado de todo este proceso finalizó en 1984 después de que

los gobiernos centristas y socialistas cerraran o subastaran los periódicos heredados del franquismo. Razones económicas y políticas aconsejaron tales medidas, lo que no ocurrió con la Radio y la Televisión, que siguieron un camino diferente al de la Prensa.

La parte final de la publicación se corresponde con un estudio analítico de la comunicación política en la Prensa del Movimiento, y luego del Estado, durante los años 1975-1978. El autor hace explícitos sus criterios metodológicos para abordar el problema. En primer lugar, divide el período de tiempo considerado en tres subfases: posfranquismo, predemocracia e instauración democrática, con la intención de observar en ellas posibles cambios de actitud de la Prensa oficial. A continuación selecciona las cabeceras de los diarios tratando de solventar el exceso de uniformidad de la Cadena y las incalculables lecturas que los 35 periódicos existentes requeriría. La elección recae en el llamado «diario nodriza», *Arriba*, y los destacados por su difusión, *Levante* y *Sur*. Por último, el profesor Montabes explica la formación de las categorías y subcategorías que, a modo de unidades de análisis, constituirán el soporte para comprobar la evolución del tratamiento valorativo que sufrieron a lo largo del período y en los distintos órganos de prensa elegidos.

Del examen de las categorías: «democracia», «fuerzas de oposición al régimen», «Constitución», «Monarquía» y «franquismo», y del seguimiento de las 23 subcategorías, entre las que resultan especialmente significativas: «fenómeno autonómico», «Juan Carlos de Borbón», «Francisco Franco Bahamonde», «Partido Comunista de España», «PSOE» y «Segunda República española», surge una interesante conclusión de este estudio: los conceptos de democracia, Constitución y oposición fueron tratados de manera cada vez más positiva en los tres años analizados, mientras que la categoría franquismo evolucionó en sentido contrario y la idea de Monarquía acabó teniendo una valoración neutral. Así, pues, este cambio en la opinión de la Prensa del Movimiento sobre ideas, figuras, partidos y fenómenos políticos responde a su transformación en Prensa estatal o institucional en un marco de progresiva democratización.

El lector también encontrará en las páginas finales del texto dos extensos anexos que prueban la solidez documental de la investigación realizada y la profundidad de los resultados obtenidos medidos en términos estadísticos, más un interesante apéndice metodológico sobre las técnicas de los «análisis de contenido» en los medios de comunicación.

Al realizar toda esta investigación exhaustiva sobre los aspectos jurídicos, políticos, formales, ideológicos de la Prensa del Movimiento y del Estado hasta el momento de su total enajenación en 1984, el profesor Montabes nos demuestra al menos dos realidades. La primera de ellas es que una estructura

periodística como la del régimen de Franco, destinada a perpetuar los valores sociales, ideológicos y políticos del sistema, no servía, ni podía adaptarse, a la nueva situación política, que debía regirse por el principio de la libertad de expresión, como se pudo ver en la experiencia del Estado como propietario de la Cadena de Prensa del Movimiento y en las dificultades de funcionamiento del organismo autónomo Medios de Comunicación Social del Estado. La segunda, todavía más importante, al ser deducción de la anterior y al mismo tiempo elaboración teórica, es que las relaciones entre sistema político y sistema de comunicación, determinadas por los medios de comunicación de masas, reflejan el grado y el nivel de las diferentes fuerzas políticas, sociales e institucionales en un país y momento histórico determinado, tal como ocurrió a lo largo de la transición política española.

En conclusión, los lectores que acudan a esta publicación, tanto si son conocedores del tema como si se acercan a él por primera vez, encontrarán no sólo un sistemático análisis de documentos jurídicos y textos periodísticos de indudable interés político para el conocimiento de nuestro pasado más reciente, sino también una elaborada interpretación de la definitiva liquidación de la Prensa del régimen franquista en el contexto de la transición política española.

Antonio Robles Egea

LA INCOGNITA DE CHINA (*)

Por JOSE MANUEL CUENCA TORIBIO

Son los factores económicos y políticos los más atendidos por la autora en su ágil y vigoroso cuadro de la China más reciente. Incorporada al mundo de los valores de Occidente, Lynn Pan describe con pluma objetiva el hercúleo esfuerzo realizado por el pueblo chino a mediados del siglo que ahora termina. Las resistencias, en especial, campesinas, que se interpusieron en su camino fueron destrozadas, y la China del «Gran Timonel» apareció ante los ojos asombrados y expectantes del mundo —en particular, del subdesarrollado— como un inmenso hormiguero en el que se estaba librando una formidable apuesta histórica. A su término, con costes incalculables de todo tipo, la nación era una primera potencia por sus recursos y realizaciones. La posesión de la bomba atómica —1964— y de la de hidrógeno —1967— lo evidenciaba con patencia. La estampa quizá más extendida de la nueva China en el terreno de la propaganda sería la acuñada durante la revolución cultural, en la que podían contemplarse hileras de campesinos sin más instrumento que sus manos terraplenando laderas, excavando canales de riego y construyendo presas para desviar y contener las aguas desbordadas. Imagen espléndida por su percusión psicológica, coincidente con la idea maestra de Mao de una fuerza colosal liberada merced al esfuerzo colectivo. Esta hazaña, unida a los escritos y discursos económicos de Mao, de enorme prestigio e irradiación, le darían al ejemplo chino una gran audiencia en otras naciones afroasiáticas e hispanoamericanas cara a plantearse las vías más apropiadas para vencer su subdesarrollo. No obstante, el «modelo chino» resultó inexportable por la singularidad del contexto que lo enmarcara, e incluso en la propia China,

(*) L. PAN: *China después de Mao. Una nueva revolución*, Planeta, Barcelona, 1989, 288 páginas.

su viabilidad, sometida a grandes rectificaciones en tiempos de Mao, no sobrevivió a éste.

En efecto, tras su muerte, la rigidez del sistema comenzó a agrietarse hasta llegar, en los años ulteriores, al esbozo de incipientes formas de economía de mercado. Así, en la agricultura, el sexenio de 1978-1984 conoció el retorno a la explotación familiar, dentro de un régimen llamado de «responsabilidad», muy abierto igualmente a la diversificación y a la privatización. La vieja modalidad tripartita saltó con ello hecha pedazos. Las actividades complementarias y los mercados rurales experimentaron un sorprendente desarrollo, hasta el punto de alcanzar la producción agrícola cotas sin precedentes no sólo en la vertiente cerealística, sino también en la cotonera. Al socaire de dichas innovaciones ha surgido, como cabía esperar, una nueva clase de propietarios rurales, estimulados y alentados desde el Gobierno, sobre todo al permitirse un alza sustancial de los precios alimenticios.

En el campo industrial, los cambios se operaron simultáneamente a los experimentados en el sector primario. La política denominada de «ajuste» modificó desde 1978 las prioridades inversionistas. El consumo y el empleo se adelantarían ahora a cualquier otra consideración, con un crecimiento intensivo en lugar de extensivo, así como con una especial sensibilidad hacia el cambio tecnológico y a la innovación administrativa. Las industrias ligeras y las de transformación han centrado los planes quinquenales sexto y séptimo (1981-1985, 1986-1990).

El efecto combinado de las reformas del campo y de la industria —asombroso crecimiento en un 23 por 100 en la primera mitad de 1985, en lugar del 8 por 100 previsto— sería el de la inflación, desconocida durante más de treinta años, pese a que la subida de los salarios ha sido superior casi siempre a la de los precios. La carrera del consumismo se ha despertado en la sociedad china, y las importaciones necesarias para su satisfacción provocan el déficit comercial y una inflación que en 1988 sobrepasaba el 30 por 100. La clásica terapia monetarista no ha tenido en general los resultados esperados, por la debilidad, en parte, del propio sistema bancario, objeto de críticas generalizadas, como una expresión más del burocratismo corrupto y tentacular que frena notablemente los pasos hacia adelante. A pesar de tropiezos y dificultades, en la actualidad las iniciativas informadas con la filosofía económica de Occidente han cristalizado en logros muy halagüeños, que han alentado y estimulado a los gobernantes de Pekín a seguir por la misma vía, habiéndose llegado a un punto de no retorno por dicha senda.

De esta manera, tanto en el antiguo Celeste Imperio como en las democracias populares del centro y este de Europa, los aires de renovación y cambio, en ocasiones rupturistas, penetran hodierno por todos los rincones de su

economía. Confesado o no, el modelo a imitar es el de Occidente, con cuyos países se han intensificado toda suerte de lazos y contactos, que abren realmente para todas estas naciones una vía por completo novedosa en la que sus gobernantes colocan las metas de su prosperidad material y social, ya que las fórmulas preconizadas en este terreno no son más que el correlato del complemento de otras reformas en el campo de las libertades y de los derechos humanos.

Las raíces de este cambio también se echaron en los últimos años de Mao. Descorazonado con las experiencias de la Revolución Cultural y minada su robusta salud, Mao concentró sus últimas energías en avanzar decididamente por la senda del equilibrio social y político a fin de asegurar la transformación económica del país y darle el puesto merecido en el concierto mundial. Aunque tanto él como sus colaboradores desmintieran siempre rotundamente las intenciones que le atribuía la propaganda estadounidense y soviética de aspirar a hacer de su pueblo una superpotencia, la obtención de la bomba de hidrógeno en 1967 y la espectacular entrada en la carrera espacial —lanzamiento del primer satélite en abril de 1970, pronto seguido de otros dos— pondrían de manifiesto el deseo de los dirigentes chinos de introducirse en el club de las grandes potencias.

Tales planes llenaron de temor a la Unión Soviética, que no ahorraría medios para lograr la continuidad del aislamiento diplomático de Pekín. Por el contrario, los Estados Unidos siguieron una línea opuesta, esperanzada en que el fin del lazareto chino contribuyese decididamente a la solución del conflicto vietnamita. Así, en octubre de 1971, la China comunista ingresó en la ONU, y a principios del año siguiente se produjo la espectacular visita del presidente Nixon a China, que daría al planteamiento de toda la política internacional un sensacional giro. El acercamiento del año siguiente entre Tokio y Pekín pondría fin al distanciamiento entre los antiguos y tradicionales rivales, aumentando aún más los recelos y suspicacias rusos. Convertida en su bestia negra, todas las intervenciones de los representantes chino en la ONU se dirigirían a atacar a las resoluciones y propuestas de Rusia, cuyo «social-imperialismo» sería denunciado en el VII Congreso del Partido Comunista Chino como la principal amenaza para la paz mundial —agosto de 1973—. En la misma trayectoria se inscribirían las medidas adoptadas por Pekín para favorecer el término de la guerra del Vietnam a fin de eliminar la poderosa influencia de Moscú en Hanoi.

Cuando más firme era la posición internacional de China, su forjador volvió a sentirse atraído por el cambio incesante y la perpetua renovación. La Constitución de enero de 1975 rehabilitó con los máximos honores a los actores y protagonistas de la Revolución Cultural y volvió a dejar caer una som-

bra de sospecha y censura contra los defenestrados en dicho período. En el instante mismo en que, a consecuencia de la reaparición de tal corriente, Chu-En-Lai veía eclipsarse su ascendiente, se produciría su muerte —9 de enero de 1976—, seguida del golpe de efecto de su sustitución por Hua Kuo-Feng, en lugar del preconizado Teng Hsiao-Ping.

Antes de que Mao falleciera —9 de septiembre del mismo 1976—, la ofensiva lanzada bajo su impulso por su tercera mujer, Chiang Ching, antigua actriz, y por la más tarde denominada «Banda de los cuatro» —figuras radicales del Politburó del Partido Comunista, con gran actividad en la Revolución Cultural.

Como en los primeros tiempos del nuevo Estado, éste atraviesa durante un lustro una etapa caracterizada por las feroces luchas internas y las espectaculares mudanzas entre los detentadores del poder. Prevalido de su fuerza en el Ejército y la burocracia, Teng Hsiao-Ping se vería repuesto en su cargo de viceprimer ministro en agosto de 1977 por el XI Congreso del Partido. En 1980 se registraría la renuncia al cargo de primer ministro de Hua Kuo-Feng. En el mismo año tendría lugar el famoso juicio contra la viuda de Mao y la «pandilla de los cuatro», en el que la primera sería condenada a muerte, pena conmutada más tarde por la de cadena perpetua.

Desde que en el mencionado año ha logrado colocar como primer ministro a Thao Tiyang, el avance hacia el control de todos los resortes del Estado por Teng Hsiao-Ping y sus burócratas se muestra imparable. En 1983, su hegemonía se consolidaría definitivamente con el nombramiento de Li Xiannian para la Presidencia de la República, una vez aprobada en diciembre de 1982 la cuarta Constitución de la China Popular, en la que se restauraría el mencionado cargo.

Esa trayectoria moderada sería, como es lógico, apoyada por Estados Unidos y todos sus aliados: tratado de amistad entre Pekín y Tokio en 1978, establecimiento de relaciones entre Pekín y Washington en 1979, admisión de China Popular en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial, etc.

A estas alturas quedaba, sin embargo, en pie el interminable contencioso con la Unión Soviética. En 1983, la oposición entre ambos países estuvo a punto de traducirse en un conflicto abierto al orientarse varios misiles SS-20 hacia la China Popular. Pese a todo, los intentos de reanudación diplomática comenzaron a cobrar cuerpo hacia las mismas fechas merced en un primer momento a los esfuerzos rusos, rechazados por la permanencia de sus tropas en Afganistán y, más particularmente, por su apoyo a la invasión de Camboya por el Gobierno vietnamita, muy alejado ahora de la onda de Pekín. En 1986, ya con Gorbachov en el Kremlin, tanto por una parte como por otra se hi-

cieron votos por una conferencia en la cumbre, así como por la normalización de las relaciones entre los dos países. Dos años más tarde, con la retirada rusa de Afganistán y la prevista salida de las tropas vietnamitas de Camboya, Teng Hsiao-Ping confirmaría la reunión en la cumbre para 1989, treinta años después de celebrada la última.

En 1987 volvieron a reaparecer con dureza los enfrentamientos entre reformistas y conservadores, en especial durante los meses que precedieron al XIII Congreso del Partido Comunista Chino. Los últimos lograrían un momentáneo éxito al hacer valer sus temores sobre la pérdida del control ejercido por el partido sobre el rumbo de la vida gobernante, en la que se abrían paso promociones que no participaron en la «Larga marcha» y, a veces, ni tan siquiera en la victoria sobre el Kuomintang, preconizadoras de acelerar el proceso de liberalización y obsesionadas por el desarrollo económico. Sin embargo, una vez celebrado dicho congreso, el hombre que encarnaba las ansias reformistas, Zhao Ziyang, lograba consolidarse en la Secretaría General del partido, con lo que la política de apertura, un momento comprometida, volvía a cobrar impulso, siempre bajo la tutela de Deng Xiaoping, que, aunque alejado voluntariamente del Comité Central, continuaría como hombre fuerte del régimen al ser reelegido jefe de la Comisión Militar.

En el bienio siguiente, la línea reformista estaría sometida a una constante tensión entre un antiguo régimen que no aceptaba su desaparición y un orden nuevo que no acababa de afianzarse, con expresiones no solamente en el seno de los núcleos dirigentes, sino también en los mismos sectores sociales, no todos ellos incorporados plenamente al proceso de cambio alentado por el núcleo más dinámico de la nación. Meta primordial de estos últimos sería el logro de una separación gradual perfecta entre el PCCh y el Estado, sin que por tal camino avanzaran demasiado.

Así quedaría al descubierto, dramáticamente, en los trágicos acontecimientos de la primera semana de junio de 1989. Caldeada la atmósfera en las principales ciudades del país por toda una cadena de protestas estudiantiles y huelgas de hambre, en las que sus participantes proclaman «morir antes que vivir sin democracia», a fines de mayo se concentraban en la plaza de Tiananmen casi un millón de personas exigiendo la destitución de Deng Xiaoping y del primer ministro Li Peng, con la simpatía declarada de Zhao Ziyang. La lucha por el poder entre las facciones rivales en la cúpula dirigente, desplegada mientras que Gorbachov visitaba Pekín, se inclinaría finalmente a favor de los defensores de la ortodoxia, entre los que se incluía en esta ocasión el anciano Deng Xiaoping. Mientras que el secretario del Partido era condenado al ostracismo, el movimiento de protesta era aplastado con los carros de combate —3 de junio, mero prólogo a todo un proceso de purgas en el seno del

partido e interminables fusilamientos, que cerraban, con sangre, el camino de la reforma, ante la pasividad real de las grandes potencias y el desencanto de gran parte de la opinión pública internacional.

Pero del aplastamiento de la «primavera de Pekín» no habla el libro de L. Pan, redactado con corazón esperanzado en 1988. En tal época, todo era posible en el país-continente. Sería bueno que tras lo ocurrido a mediados de 1989 pudiéramos pensar que, pese a todo, aún es posible el encuentro de China con la democracia y la libertad. Así se despejaría definitivamente la mayor interrogante político-cultural de este fin de siglo.